

Democracias y tiranías en el Caribe de William Krehm

Douglas Vladimir Alfaro*

La dictadura de Jorge Ubico en Guatemala

En *Democracia y tiranías en el Caribe*, el autor utiliza un lenguaje connotativo y literario para contarnos lo que pudo constatar, mirar y vivir en el paso por estas tierras, “las calamidades y las fatigas de un viaje a las repúblicas caribes” [Krehm, 1949, p. 33].

Describe cuidadosamente los acontecimientos enmarcados en la política del buen vecino, develando la influencia norteamericana en contraste con la formación y existencia plena de dictaduras lideradas por un puñado de “gentes importantes”, entre ellos: caudillos, políticos atrasados y terratenientes poderosos. “La última palabra de la sabiduría de las viejas cabezas del departamento de estado era que los

pueblos latinoamericanos requerían hombres fuertes que los llevaran adelante” [op. cit., p. 34].

De esta forma, identifica con aguda claridad la intervención y el papel desempeñado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, que actuaba a espaldas, tanto de la opinión pública del país norteamericano, como de los países del istmo centroamericano, en un contexto donde el periodista que osaba decir lo que había visto era acusado de violar la decencia más elemental.

El gobierno de Estados Unidos invirtió millones de dólares en la propaganda de la “buena vecindad”, la cual consistió en elogiar a los dictadores. Por ello, la imagen de calificar a cada movimiento popular que se agitó durante 1944 y 1945 con la etiqueta de comunista,

llevó implícita en sí misma que el comunismo era inevitable y tenía que prosperar debido a las injusticias que venían arrastrándose por la pasada intervención norteamericana.

Las dictaduras de Trujillo, Carías, Ubico, Martínez y Somoza son residuos de antiguas intervenciones norteamericanas, concluye el autor.

El lenguaje connotativo que el autor utiliza para el tratamiento histórico de Guatemala a través de descripciones de paisajes y de personas, provoca que la adjetivación sea de uso frecuente.

En su testimonio, Krehm compara sistemas de explotación de mano de obra, aludiendo al traslado de las relaciones sociales existentes en el feudalismo europeo para explicar cómo ocurrió la explotación del indio. Este proceso de explotación en ningún momento significó un equilibrio ni una responsabilidad mutua entre amo y vasallo, sino que se trató de sacar de los huesos de los indios cuanto hubo negado la geología. [op. cit., p. 40]

La forma literaria es utilizada para contarnos lo que ocurrió, relatar hechos, adjetivarlos y describirlos, aunque no para interpretarlos. Sin embargo, con una narración exteriorista y naturalista, nos relata la realidad de Guatemala: explica la expropiación de las tierras comunales a causa de la propagación del cultivo del café como una forma dominante de la producción y de te-

nencia de la tierra. Entonces, los indios se contentan con plantar maíz y frijol, cultivos indispensables, en los solares que se les ha dejado, y no trabajan más que lo estrictamente inevitable en las plantaciones de café. Por ahora viven fuera del límite de la economía monetaria [op. cit., p. 70].

Deja claro que el rencor que el indio ha extendido hacia toda la sociedad, ha sido por la esclavitud y la exclusión a la que fue sometido desde un principio. Primero, durante la invasión española y posteriormente, durante la Independencia, por las características que las cruentas luchas entre liberales y conservadores efectuaron por hacerse del poder. Descansaba, la democracia, sobre las espaldas de los indios, utilizando para ello la máquina militar sin escrúpulos.

La referencia que el autor hace de las luchas sostenidas entre liberales y conservadores es toda una semblanza sarcástica e irónica. Así, cuando se refiere a Rafael Carrera, lo califica como un porquero analfabeta que sublevó a los indios con el pretexto de que el gobierno liberal había provocado una epidemia de cólera al envenenar los pozos. Este guió los destinos del país durante más de un cuarto de siglo [p. 71].

El autor trata de desmitificar esas luchas que parecían intestinas, que en realidad no eran más que competencias por intereses

económicos donde se instrumentalizaron a las clases desposeídas hacia los intereses de clase dominante.

Hacia el año 1871, con la muerte de Carrera, los liberales llegaron al poder guiados por un antiguo ladrón de caballos, Justo Rufino Barrios. Su proyecto de gobierno consistió en separar al Estado de la Iglesia, expropiar a esta de las tierras, plantar el café —que terminó convirtiéndose en un trago amargo para los indios—, impuso el trabajo forzado y dirigió al país como un dominio feudal.

Estrada Cabrera aparece en escena con la inversión americana a gran escala, su gobierno (1898-1920) no solo se sostuvo por las necesidades de los finqueros, sino, por las indicaciones del Departamento de Estado norteamericano. Durante este gobierno hubo escandalosos fraudes electorales, se intensificó el trabajo forzado y la corrupción.

El autor compara las tiranías guatemaltecas con los gobiernos de monarcas y sus cortes, quienes utilizaban cualquier tipo de artimaña para engañar al pueblo, valiéndose de lo sobrenatural e incluso de los fenómenos de la naturaleza, como movimientos telúricos o erupciones volcánicas. Esto, para pregonar la grandeza de los gobernantes: El pregonero tenía que sostener una linterna encendida en pleno día para leer el manifiesto, tan negro estaba el cielo de ceniza volcánica. Pero lo leyó. Después, uno de los poetas de

la corte de Cabrera admitió en una copla que la tierra había temblado, pero que Cabrera, aferrándola por los polos, la había inmovilizado en su lugar [p. 73].

Krehm identifica la intervención de Estados Unidos como una constante durante estos gobiernos. Dicha política respondía a los intereses de las inversiones de las empresas norteamericanas y dejaba de lado los intereses de los estados nacionales. Así, como presidente provisional, el ministro Whitehouse quería imponer a José Reyes, un general septuagenario y analfabeto, pero muy estimado por su fidelidad a la delegación americana [p. 75].

El general Ubico fue un digno sucesor de Cabrera, porque la United Fruit Company (UFCO) obtuvo las concesiones que deseaba. Él llegó a considerarse la edición guatemalteca de Napoleón Bonaparte, duró trece años en el poder y se caracterizó por sembrar terror en el paisaje. Durante este periodo hubo sadismo y persecución política, todo opositor era considerado comunista y el indio era asesinado por robar unos cuantos centavos. Este sector de la población fue excluido plenamente, ya que su gobierno se trató de una dictadura en pleno.

Durante la dictadura de Ubico no se construyó escuela nueva alguna, pero si se edificó una ciudad a imagen y semejanza de las grandes urbes de la época; la gran

vitrina que contrastó con la pobreza del campo.

Ubico contrastó el rudo trato que daba a los guatemaltecos con finas atenciones hacia los monopolistas que operaban en el país, protegiendo la propiedad privada a cambio de un pueblo muerto de hambre.

Cuando al final asciende al poder Juan J. Arévalo, el autor lo califica como una señal de que el tiempo está cambiando. Guatemala ha pasado de las manos de un porquero, de un ladrón de caballos y de militares analfabetos, a un presidente pedagogo; la historia de este proceso arranca en 1944. Los años subsiguientes son de todos conocidos, punto de partida para el cambio social y político de Guatemala.

Finalmente, hay que agregar que si bien es cierto el autor hace su recorrido por Centroamérica y el Caribe, en el momento en que hay una edición simultánea de dictaduras en la región, él se interesa por los antecedentes que han llevado a estas pequeñas naciones a adquirir sendos gobiernos. Su examen lo contrasta con elementos nacionales —los intereses de las elites nacionales y sus correspondientes alianzas— con la intervención externa patrocinada por los Estados Unidos y su Departamento de Estado, además de la inversión extranjera caracterizada por las economías de enclave que señalaron nuestros procesos sociales, políticos y económicos.

El Salvador: La dictadura del General Maximiliano Hernández Martínez (1931- 1944)

William Krehm hace una descripción minuciosa y amena sobre la dictadura del General Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador: su ascenso, el golpe de Estado, la rebelión campesina de 1932, su gobierno ilegítimo y la huelga que termina con la dictadura en 1944. Valiéndose de su habilidad de periodista, Krehm nos transporta a El Salvador en los años comprendidos entre 1930 y 1944. Es característico de su pluma el puntillismo en el relato, con un estilo literario que bien pudo constituirse en una novela histórica, su rol de periodista le permitió entrar en la intimidad de los dictadores. De ahí que al comparar su libro con otros que tratan dichos acontecimientos, hay mucha objetividad y apego a la historia.

Krehm inicia el relato en 1944. Inmediatamente siente la necesidad de hacer un *flash-back* para poner en auto al lector sobre la historia política reciente de El Salvador y cómo se construyó aquella dictadura que hoy mordía el polvo de la derrota.

Según el autor, a diferencia de Guatemala, El Salvador no ha experimentado dictaduras de larga vida. Sin embargo desde 1913, tras la confusa muerte del Presidente Manuel Enrique Araujo, el nepotismo reinó desvergonzadamente. En-

tre 1913 y 1927, la familia Meléndez Quiñónez se apoderó del gobierno, ejercieron la presidencia los hermanos Carlos y Jorge Meléndez, y su cuñado Alfonso Quiñónez.

Aunque Krehm no ahonda en esta temática, consideramos importante hacer un rápido recorrido histórico para entender las condicionantes que permitieron la llegada de Martínez al poder.

Desde la trágica muerte de Araujo en 1913, hasta 1927, la familia Meléndez Quiñónez gobernó el país, comenzando con el ascenso al poder de Carlos Meléndez, quien por ser vicepresidente del gobierno de Araujo, asumió el poder cuando él fue asesinado. La familia Meléndez Quiñónez buscó perpetuarse en el poder mediante procesos electorales amañados en los que participaba al menos un partido de oposición.

Tratando de legitimarse políticamente, buscaron apoyo a través del voto de artesanos, campesinos e indígenas. Es en estos años cuando la política se masifica, se organizan clubes y comités para apoyar las candidaturas. En 1918 se fundó las Ligas Rojas, que funcionaban como grupos de choque contra la oposición de la "dinastía".

A pesar de este carácter represivo, el gobierno de los Meléndez-Quiñónez permitió la organización laboral. "En 1924 surgió la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños (FRTS), que

llegó a aglutinar a la mayor parte de la gente trabajadora organizada del país. La 'Regional' tuvo fuertes disputas ideológicas internas entre anarcosindicalistas, reformistas y comunistas, pero hacia 1929 era dirigida por los últimos. Estas organizaciones contribuyeron a abrir espacios para que los sectores populares empezasen a adquirir fuerza, a discutir colectivamente sobre sus condiciones de existencia e incluso a preguntarse si el mundo en el que vivían no podía ser transformado en otro que les ofreciese mejores condiciones de vida" [Cavada & López, (1999). p. 143].

En 1927, ante la imposibilidad de reelegirse, Alfonso Quiñónez impuso como presidente a Pío Romero Bosque, quien había sido su Ministro de Guerra, sin embargo, una vez en el poder, Romero se distanció rápidamente de la poderosa familia. ¿Qué factores condujeron a Romero Bosque a dar tal viraje? Una lectura de los periódicos de la época indica que tales cambios obedecieron a la creciente participación de los sectores populares en la vida política. Bajo los Quiñónez los trabajadores se empoderaron, pues estas organizaciones impulsaron su actividad mucho más lejos de lo que sus gestores se habían propuesto. Negarse a entrar a negociar con los grupos populares organizados podría significar perder el control sobre los mismos.

La postura de Romero fue

hacer concesiones a las clases populares urbanas: decretó la jornada laboral de ocho horas y creó las Juntas de Conciliación que debían mediar los conflictos laborales. No obstante, reprimió duramente a la población trabajadora del campo que ya se estaba organizando en la FRTS. Su objetivo era claro: hacer concesiones a las clases populares urbanas, pero mantener intactos los intereses de las familias cafetaleras. Al final, su mayor mérito fue haber permitido elecciones presidenciales libres, que llevaron a la presidencia al ingeniero Arturo Araujo.

Araujo heredó un gobierno que atravesaba una gran crisis económica y conflictividad social. La gran crisis económica mundial de 1929 tuvo, como era de esperarse, efectos negativos para El Salvador. Los precios del café disminuyeron drásticamente; las familias cafetaleras, acostumbradas a las elevadas ganancias, preferían no recoger la cosecha, con lo cual aumentó el desempleo rural, provocando violentas protestas que fueron capitalizadas por los comunistas. Estas se localizaron en la zona occidental, donde estaba concentrada la población indígena, con fuerte organización de la FRTS.

"Arturo Araujo era un terrateniente que fundó el Partido Laborista, inspirado en el Partido Laborista inglés. Tenía como mano derecha al pensador vitalista Alberto Masferrer y sus correligionarios

en los mítines ofrecían la expropiación de latifundios para ganar votos entre los campesinos. Para ganarse la confianza de las personas ricas que lo tildaban de comunista, Araujo nombró como vicepresidente y Ministro de Guerra al General Maximiliano Hernández Martínez. Araujo no pudo manejar la crítica situación del país y fue derrocado por un golpe de estado el 2 de diciembre de 1931" [p. 144].

Los golpistas (militares jóvenes apoyados por el hombre fuerte del Banco Agrícola Comercial, Rodolfo Duke) terminaron entregando el poder al General Martínez, quien, oculto tras el directorio de militares, había confabulado. Por lo anterior tuvo dificultades para ser reconocido por Estados Unidos, que apeándose al Tratado de Washington de 1907 y al Tratado de Paz y Amistad firmado por los países centroamericanos en 1923, no reconoció el gobierno de Martínez, pues en los tratados se establecía que "para que un gobierno surgido de un golpe de estado fuera reconocido no bastaba que se reorganizara constitucionalmente, sino que ninguno de los nuevos gobernantes debía haber participado en forma alguna en el golpe ni ocupado cargos o mandos militares en el gobierno depuesto" [Alvarenga (et. al.), 1994, p. 132].

En el libro de Krehm, es importante el rastreo que se hace de la vida privada de los dictadores, sus aficiones, su carisma, su psico-

logía y su visión de mundo. Al hablar de Martínez, el autor pone especial atención a la afición del dictador por la Teosofía y destaca que los trece años que gobernó Martínez, solo pueden explicarse a partir de la implantación de un Estado de terror que fue guiado por el siguiente principio "Es un crimen más grande matar a una hormiga que a un hombre, porque el hombre al morir se reencarna, mientras que la hormiga muere definitivamente" [Krehm, 1949, p. 43].

También presenta a Martínez como un individuo ávido de poder, que utiliza el Estado para dar rienda suelta a su conducta asesina y para acumular riquezas. Aunque su origen era humilde, no tuvo problemas para convertirse en el ídolo de las clases propietarias, bajo su mano de hierro la sociedad pudo gozar de paz social impuesta por la vía del terror, esto se confirma con el genocidio de 1932. Si Martínez abrigó desde un primer momento intenciones de adueñarse del poder, no pudo encontrar mejor punto de apoyo que la derrota del levantamiento comunista; fue solo después de este evento que los sectores nacionales que aun dudaban en apoyarlo y sobre todo los Estados Unidos, aceptaron que había hecho un buen trabajo y realmente garantizaba la estabilidad de la convulsa sociedad salvadoreña. No obstante, para guardar las apariencias, los estadounidenses exigieron que se

llenaran las formalidades constitucionales.

Para finales de 1931, la represión era muy intensa y las masas organizadas, agobiadas por el hambre, estaban decididas a optar por la lucha armada. Para los días 5 y 10 de enero de 1932 se convocó a elecciones municipales y legislativas, pero pocos creían que estas fueran a solucionar el conflicto. En este proceso electoral participó el Partido Comunista fundado en 1930. Varios de sus candidatos triunfaron, pero no se reconoció la victoria y se aumentó la represión. Las masas decidieron levantarse aunque algunos líderes del partido dudaban en apoyar tal decisión.

La fecha del levantamiento fue aplazada varias veces, lo que aumentó la desventaja para los alzados, pero al final se fijó para el 22 de enero. La iniciativa de las acciones no correspondió a los rebeldes. Desde unos días antes las fuerzas de seguridad del gobierno actuaban diligentemente para sofocar la revuelta desde su inicio. El líder Farabundo Martí y varios dirigentes fueron capturados el 19 de enero y pocos días después serían fusilados; los conjurados de los cuarteles habían sido descubiertos y neutralizados. Además, Martínez había ordenado el acuartelamiento de las tropas y se decretó el estado de sitio en seis departamentos.

La gravedad de la situación obligó al Comité Central del Partido

Comunista a discutir la manera de llevar a cabo la insurrección armada, pero cuando esto se daba, las masas, sin preocuparse mucho por la estrategia y la táctica, ya habían tomado una decisión de hecho. Al Partido Comunista no le quedó más opción que apoyar en la medida de sus posibilidades las acciones armadas, con la esperanza de que una considerable fuerza del ejército los apoyaría. Miguel Mármol refiere que el Partido había logrado infiltrar varios cuarteles, pero los hechos posteriores evidencian que también la inteligencia militar había penetrado las células comunistas y, de acuerdo con los resultados, de una forma mucho más efectiva. Por ejemplo, a mediados del mes de octubre de 1931, el Ministro de Gobernación ordenó al Director de Policía hacer una lista detallada de los individuos sindicados como comunistas residentes en la República. A finales del mes se envió dicha lista en la cual se daban los nombres de los comunistas y el municipio de residencia, en algunos casos se incluían los cargos que ocupaban. El total ascendía a 340 [MG, oficio 1516 del 27 de octubre de 1931].

Cuando inicia la insurrección, el 22 de enero de 1932, en San Salvador, el Partido Comunista estaba a la defensiva, por no decir en desbandada. Miguel Mármol da una triste imagen de esos momentos: "en lugar de un partido que estaba a punto de iniciar una gran insurrección,

por lo menos en lo que se refería al aparato de cuadros de San Salvador, dábamos el aspecto de un grupo de desesperados, perseguidos y acosados revolucionarios. De un momento a otro se abandonó prácticamente el trabajo y todo el mundo trató de ponerse a salvo de la represión desatada" [Dalton, 1982, p.276].

A pesar de la desalentadora situación que se vivía en la capital, en el occidente las acciones iniciales parecían favorecer a los alzados. Actuando en una forma más bien espontánea, pues toda coordinación con el Partido Comunista resultaba ya imposible, y dirigidos por reconocidos y respetados líderes locales, los indígenas rápidamente tomaron el control de algunas poblaciones, pero no pudieron ir más allá.

Martínez había acuartelado con anticipación su fuerza militar y cuando los rebeldes entraron a los poblados, estos estaban desprotegidos. Aparte de algunos guardias, policías y comandantes locales, el grueso del ejército estaba bien resguardado dentro de las seguras fortificaciones de los cuarteles. Así, la violencia de los sublevados se dirigió contra aquellos ladinos con los cuales ya existían conflictos y contra las oficinas municipales y de telecomunicaciones. Lógicamente, por las condiciones de hambruna reinante, en cuanto tomaron control de las poblaciones, procedieron al saqueo.

Las poblaciones de Izalco, Nahuizalco, Juayúa, Salcoatitán y Tacuba fueron tomadas y dominadas durante tres días. Confiados en el éxito inicial, algunos grupos se dirigieron al ataque de los inexpugnables cuarteles. El de Sonsonate fue atacado con fanática determinación y con una correlación de fuerzas totalmente adversa a los rebeldes, quienes armados en su mayoría con machetes, con algunas armas de cacería y con los pocos fusiles arrebatados al ejército en los encuentros iniciales, enfrentaron a los soldados parapetados en las sólidas murallas y armados con fusiles y ametralladoras. Lo mismo sucedió en el ataque al cuartel de Ahuachapán.

La importancia del acuartelamiento de las tropas es bien demostrada por Anderson [1982, p.90]: "Por supuesto que esas fortalezas serían inútiles en una guerra moderna contra un enemigo armado con morteros y artillería, pero no habían sido diseñados para luchar contra un ejército regular. El objetivo de esas fortalezas, era el de mantener bajo control al populacho. Estaban construidos para resistir a hombres armados únicamente con armas de mano y machetes." Tal vez no hayan sido construidos pensando exactamente así, pero en 1932 funcionaron de esa manera.

Cuando el General Martínez tuvo un panorama claro de la situación, pasó a la ofensiva. El General Calderón fue nombrado Comandan-

te de las fuerzas expedicionarias. En cuestión de días, los rebeldes fueron brutalmente desalojados de sus bastiones. Las fuerzas punitivas obviaron engorrosos procedimientos y fusilaron a cuanto sospechoso se cruzaba en su camino. Por varias semanas se produjo una cacería despiadada de comunistas, facilitada por la existencia de las listas de votantes en las pasadas elecciones, y que fue apoyada con entusiasmo por todos aquellos que de algún modo fueron afectados por el levantamiento o que se sentían amenazados por el comunismo.

El alzamiento de 1932 dejó profundas huellas en la conciencia de todos los salvadoreños. La población india prácticamente dejó de ser la misma como resultado de la matanza, sobre todo porque de ahí en adelante existió el temor de mostrarse como "indio". El idioma, la vestimenta y las costumbres de los indios pasaron a ser formas peligrosas de identificarse y fueron reemplazadas por otras menos evidentes.

Poco después del alzamiento campesino, el General Hernández Martínez fue electo por la Asamblea Legislativa para completar el periodo del ingeniero Araujo, es decir, hasta 1935. Con ello se cubrió el legalismo exigido por los Estados Unidos, quienes veían en el dictador la figura ideal para luchar contra el comunismo.

"Cuando faltaba un año

para terminar su periodo presidencial, Martínez depositó la presidencia en el general Andrés Ignacio Menéndez, hombre de su más absoluta confianza, y se presentó a elecciones que ganó, sin ninguna oposición, en 1935. Como la Constitución vigente, la de 1986, impedía la reelección, al acercarse el final de su nuevo periodo, en 1939, se eligió a una Asamblea Constituyente (de nuevo sin oposición) que nombró a Hernández Martínez "por esta única vez", presidente por un tercer periodo. Al final de este, en 1944, se repitió el procedimiento, iniciando en febrero de ese año un cuarto periodo de gobierno que debería terminar en 1949" [Alvarenga (et. al.), 1994, p. 141]. Pero no pudo concluirlo porque a los pocos meses, luego de una sangrienta revuelta militar y de una extraordinaria huelga que empleó medios enteramente pacíficos, se vio obligado a renunciar a la presidencia.

¿Cómo pudo mantenerse Maximiliano Hernández Martínez por doce años en el poder? Aunque Krehm no analiza esta situación consideramos que el alzamiento de 1932 puso en pie de alerta al país entero sobre lo que podía pasar de no resolverse efectivamente el desorden gubernamental que había campeado durante las administraciones pasadas. Alrededor de Martínez se agruparon muchas personalidades que hasta ese entonces habían competido desde distintos partidos. Se

formó un bloque gobernante bastante coherente, con una pauta de austeridad y honestidad administrativa que pronto atrajo las simpatías de la mayoría de la población.

En segundo lugar, para muchos el General Martínez era como un patriarca severo y autoritario, para quien mantener la autoridad y el orden era lo más importante. En la cultura política imperante, esta figura patriarcal tenía mucho peso, y más todavía después de la revuelta. Destacan también, los programas de modernización del Estado y de atención a los problemas sociales que fueron vistos con simpatía por diferentes sectores. Merece especial atención la creación del Banco Central de Reserva y el Banco Hipotecario, pues buscaban democratizar el crédito y ayudar a los cafetaleros afectados por la crisis de 1929. Promulgó la Ley Moratoria y la de liquidación de deudas, que si bien favorecieron a la oligarquía salvadoreña, también ayudaron a los pequeños propietarios víctimas de los prestamistas y la banca privada. Bajo su administración se construyó la Carretera Panamericana y el Puente Cuscatlán, la Constitución de 1939 concedió a las mujeres el derecho al voto, aunque con algunas restricciones. Finalmente, Martínez creó el Fondo de Mejoramiento Social en 1932, a través del cual se proponía mejorar la vivienda, facilitar la industria y redistribuir la tierra. Su actividad principal, a lo

largo de más de una década de existencia, fue la de adquirir haciendas y venderlas con facilidades a campesinos, generalmente aquellos que ya se encontraban trabajando en ellas.

La fuerza del gobierno de Martínez tiene que ver también con la debilidad de la oposición, pues debido a la represión de 1932 esta prácticamente desapareció. Se vivió en un Estado de sitio permanente, con limitación a las libertades constitucionales. Realmente la única oposición visible existía dentro del propio ejército, pero hábilmente Martínez siempre mantuvo un apoyo sostenido al ejército, al que convirtió en la institución central del Estado. Aunque los recortes presupuestarios que se realizaron durante su primer periodo afectaron también a las fuerzas armadas, estas siempre contaron con la mayor tajada del gasto público (más del 20% en promedio). Además, diversos puestos de la administración pública fueron ocupados por militares, desde los designados a la presidencia (muy importantes debido a que Martínez nunca tuvo vicepresidente) hasta ministros y gobernadores.

Costa Rica y Panamá

Con respecto a Costa Rica, el autor enfatiza que este país constituye una excepción en la región. En él, a partir de 1884, la Reforma Educativa tuvo un eco suficientemente fuerte

como para evitar que la violencia se convirtiera en el mecanismo de búsqueda y de toma del poder. En los demás países de la región, las contradicciones sostenidas entre la realidad política y la ambición económica, permitieron el surgimiento de la figura del ejército como un medio para la inclusión de las masas y como medio para la defensa de las minorías oligárquicas.

En Centroamérica, únicamente el Estado costarricense logró construir su hegemonía por medio de la expansión del sistema educativo a escala nacional y de la negociación. El resto de Estados del área no fueron capaces de crear una hegemonía, entendida esta como la capacidad legítima de detentar el poder y de hacerse obedecer. El caso es que siempre se privilegió la dominación por la coerción o el uso de la fuerza como elemento para controlar a la población y de imponer el poder; pero al hacerlo, se dejó de lado las normas jurídicas que se convirtieron en meras garantías del orden establecido.

Un análisis más profundo de la marcada diferencia de Costa Rica con el resto de países centroamericanos, nos lleva a postular las siguientes conclusiones. El éxito del nacionalismo liberal en este país se hizo alrededor de la creación de una raza homogénea y blanca. Tal proyecto se pudo implantar por varias razones. Primero, los grupos que no podían ser parte de la raza

homogénea vivían en la periferia del país, en términos geográficos, demográficos, políticos y económicos. Segundo, a pesar de la pérdida de tierras que experimentaron los pueblos indígenas ante la expansión cafetalera, las actividades económicas fundamentales de Costa Rica no se habían mantenido por una explotación directamente basada en la diferenciación cultural o racial desde antes del siglo XIX. Tercero, la población del Valle Central, durante la primera mitad del siglo XIX había compartido un repertorio cultural bastante parecido, y la diferenciación cultural que se empezó a experimentar con el auge cafetalero, se hizo en divisiones espaciales (campo-ciudad) y clasistas, no estamentales [Palmer, 1990].

La omnipresencia del Estado Benefactor y el fuerte discurso mítico-nacionalista de la democracia ha ocasionado que en Costa Rica, la formulación y construcción de un nuevo proyecto de sociedad —que sustituya al vetusto y desactualizado de 1948— se vea truncado desde abajo y a largo plazo. Es urgente generar este proyecto a partir de una mayor participación ciudadana —lo cual implica romper con la apatía, el desinterés y el espíritu fiesteropolítico de los ticos— en cuanto a normas y espacios de participación institucionalizados, que recojan la posibilidad del disenso de una manera funcional, que permitan el apareamiento y la discusión de varios

proyectos o alternativas como elemento primario de la democracia.

Sobre el caso de Panamá debe destacarse el racismo elaborado por Estados Unidos en torno a la división étnica-laboral en la construcción del Canal. Influenciada por William Jennings Bryan, la Compañía del Canal adoptó el bimetalismo a la hora de pagar salarios. Acostumbrados a la moneda de plata, los trabajadores negros eran pagados en esa moneda. Los técnicos americanos y los capataces recibían billetes convertibles; es decir, oro.

En Panamá, la influencia de Jim Crow de la zona del Canal fue deplorable. El Canal trajo sanidad y prosperidad al país, pero a un precio muy alto. Se formó una economía de enclave que no beneficiaba económicamente a Panamá. La intromisión de Estados Unidos fue más directa y atroz a la soberanía nacional que en cualquier otro país de la región, al punto de que Panamá tenía que solicitarle permiso a aquel país para construir cualquier vía de comunicación. No se permitía el paso de panameños por la zona del Canal, la posibilidad de construir un mercado nacional se vio truncada por el monopolio de Canal, el comercio alrededor de la zona fue dominado por extranjeros, por lo que la distribución de la riqueza fue muy desigual. Además, la cuestión racial no fue resuelta adecuadamente por lo que el sentimiento de cohesión nacional fue muy endeble, jugando

en ello un papel importante la ineptitud del Presidente Arnulfo Arias.

Hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, la política panameña siguió girando alrededor de la negociación de nuevos acuerdos con los Estados Unidos, dando lugar a numerosas protestas, como la de 1947 en contra del mantenimiento de bases militares norteamericanas fuera de la zona del Canal. El aumento de la represión implicó más acciones de las fuerzas militares preparando el terreno.

Análisis crítico

De la lectura del libro de Krehm se desprenden algunas ideas básicas que como centroamericanos debemos de tener siempre presentes. Centroamérica es una región dotada de grandes bellezas naturales y de seres humanos cordiales y trabajadores. Sin embargo, el istmo estuvo marcado por una impronta de codicia y saqueo: su posición de puente entre dos grandes masas de tierra, como lo son América del Norte y América del Sur. Amén de su situación geopolítica envidiable, le ha permitido conectar por medio de un canal interoceánico el mar Caribe con el océano Pacífico. Empero, reducir la historia de la región a estos elementos, produciría una visión reduccionista de las vivencias de los seres humanos que la habitan.

Debe tenerse presente que son realidades diferentes, ligadas

por un pasado y presente común, por lo que su futuro también será construido a nivel colectivo. Un análisis histórico de Centroamérica debe obtener del pasado respuestas que permitan explicar el presente, pero aun más importante es que permita crear un proyecto de sociedad a futuro, donde las diferencias sean permitidas y las deudas históricas con los más desposeídos sean saldadas.

De la obra en estudio es importante rescatar que la importancia estratégica de la región contrasta con la pobreza y la limitación de los recursos económicos. A esto ayudó la depredación por parte de las potencias occidentales. Con una débil o escasa integración a los circuitos comerciales coloniales, la región cobró desde temprano una fisonomía de comarca regional. La verdadera integración del área al sistema económico mundial ocurrió en el siglo XIX, por medio del café y del banano.

Es claro que Centroamérica se vinculó a la modernidad capitalista en una forma subordinada: dependiente del capital financiero internacional. En esto ha sido crucial el papel desempeñado por el Estado centralizador, como el principal eje de reproducción del capital foráneo en el istmo y su protagonismo en la enajenación de la soberanía nacional, lo cual ha imposibilitado durante décadas el surgimiento de un proyecto de sociedad desde abajo.

Asimismo, persiste en el área una visión paternalista del Estado, junto con las creencias populares del chorizo, el compadrazgo y el trinquete, que han ocasionado que el Estado sea visto como un botín de guerra, además de legitimar tales tipos de irregularidades. Es necesario eliminar la idea patrimonial de que el Estado es un bien propio del cual se puede disponer con discrecionalidad, incluso al margen de la ley.

En Centroamérica no existe una cultura de la ciudadanía, como una forma de entender la vida y la relación con los demás, por lo que la aceptación de arbitrariedades y atropellos seguirá a la orden del día. No es posible seguir reproduciendo el concepto de ciudadanía como un concepto que se basa y se refuerza en un cuadro ideológico que muestra una sociedad compuesta por una masa de individuos iguales, cuando en realidad niega la existencia de clases estructuradas de forma antagónica.

Aunque las clases dominantes tradicionales siguen incólumes en la región, estas no han entendido que deben ser no solo gobernantes, sino que también dirigentes, deben de articular los intereses del pueblo con los suyos propios. El autor, sin embargo, sí articula el hecho de que estos sectores no han aprendido que, cuando el principal instrumento del mantenimiento de la exclusión es la violencia del Estado, dirigida contra los sectores subalternos, una

débil integración nacional favorece la ingobernabilidad y la conflictividad, dos factores propicios para las guerras civiles.

La marginación de importantes sectores de la población empieza por una repartición asimétrica de la tierra y el desigual acceso a la propiedad territorial: esta exclusión económica tiene como principal incidencia fenómenos de marginación social. La pobreza es un antecedente estructural del enfrentamiento armado.

El libro en estudio nos revela las atrocidades de las dictaduras centroamericanas, cuyo origen tuvo un estrecho vínculo con la incapacidad de las élites económicas de ejercer democráticamente el poder que habían obtenido a raíz de la construcción de un régimen económico basado en la exclusión y la represión de las mayorías.

Por un lado, era tanta la desigualdad social que los pueblos comenzaron a rebelarse, centrandó su confianza en caudillos que rápidamente supieron capitalizar esa situación. Y por otro, al dotar a las fuerzas militares de un control que ya no fue posible frenar, una vez organizados, fueron marcando distancia de los itinerarios originalmente trazados por las elites. En todo caso, el apareamiento de la figura del dictador explica en mucho la futura configuración que tendrían las sociedades centroamericanas, ya que a través de los años, la vio-

lencia, la cultura del silencio y el autoritarismo se introyectarían en la propia psicología de sus habitantes.

Es necesario acotar que la injerencia de Estados Unidos en la vida política de la región ha sido funesta y de un peso decisivo en el rompimiento del tejido y capital social nuestro. Asimismo, la ambición de las oligarquías y su escaso control de las normativas legales, produjeron la irrupción de las grandes transnacionales que miraban en nuestros países nada más que un apéndice de su expansión económica. Así, no tardaron en instalarse las bananeras y otras subsidiarias de los intereses norteamericanos que, con el tiempo, intervendrían en la cuestión política, fabricando resultados electorales, o bien apoyando financiera y logísticamente intentonas y derrocamientos militares.

Por último, la lectura de la obra de Krehm es muy estimulante y nos incita a repensar nuestro futuro como región. Los retos sociales para Centroamérica en la actualidad radican en el rompimiento con una trama histórica de larga duración. Llevando el análisis al presente, se tiene que el débil orden generado por la postguerra reposa sobre relaciones económicas que privilegian el individualismo y las desigualdades del mercado, y con ello la polarización social, el consumismo y la falta de visión colectiva, generando una imposibilidad de construir un proyecto nacional, regional y demo-

crático.

El istmo debe generar este proyecto a partir de la participación ciudadana en cuanto a normas y espacios de participación institucionalizados, que recojan el disenso de una manera funcional, donde exista una visión clara de los problemas y la voluntad colectiva de superarlos. Aquí, las clases dominantes y el pueblo deben postular un proyecto democrático con futuro y deben tener la posibilidad de llevarlo a cabo. Los intelectuales y los partidos políticos son responsables del inicio de esta tarea, como depositarios de las demandas de toda la sociedad.

Debemos aprender a contar la historia de otra manera, a que los "otros", los de "abajo", los "invisibilizados" también la cuenten por nosotros. Solo de esta manera, el intercambio de memorias podrá tener fecundos resultados en términos de un mejor conocimiento sobre quienes somos y hacia donde nos dirigimos. Los intelectuales centroamericanos debemos contribuir a forjar una memoria histórica influyente, en la que todos podamos vernos reflejados sin vergüenza ni temor, y que nos ayude a enfrentar positivamente el futuro.

Referencias

Krehm William (1949), *Democracia y tiranías en el Caribe*. México: Departamento Editorial, Unión Democrática Centroamericana.

Cavada Diez, Miguel y López, Carlos Gregorio (1999). *El Salvador: imágenes para no olvidar 1900-1999*. San Salvador: Equipo Maiz.

Alvarenga, Patricia et. al. (1994). *Historia de El Salvador*, tomo II. México: Ministerio de Educación, Tomo II.

Dalton, Roque (1982). Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador. San José, Costa Rica: EDUCA (2º edición).

Anderson, Thomas (1982). *El Salvador: los sucesos políticos de 1932*. San José, Costa Rica: EDUCA (2º

edición).

Palmer, Stevens (1995). "Hacia la auto-inmigración". *El nacionalismo oficial en Costa Rica 1870-1930*". En: Taracena A., Arturo y Piel, Jean

Palmer, Stevens (1990). "A liberal discipline: inventin nations in Guatemala and Costa Rica, 1870-1900". Tesis doctoral de Historia, Columbia University.

AGN, Ministerio de Gobernación, caja sin clasificar. Lista de comunistas. De el Director General de Policía al Ministro de Gobernación, oficio 1516 del 27 de octubre de 1931.

